

D. LECTIO DIVINA

Tiempo Pascual Ciclo A

ÍNDICE

1. **DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN DEL SEÑOR.** (12.4.2020)
San Juan 20,1-9
2. **SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA.** (19.4.2020)
San Juan 20,19-31
3. **TERCER DOMINGO DE PASCUA.** (26.4.2020)
San Lucas 24,13-35
4. **CUARTO DOMINGO DE PASCUA.** (3.5.2020)
San Juan 10,1-10
5. **QUINTO DOMINGO DE PASCUA.** (10.5.2020)
San Juan 14, 1-8
6. **SEXTO DOMINGO DE PASCUA.** (17.5.2020)
San Juan 14, 15-21

INTRODUCCIÓN

En estos tiempos en los que se está produciendo un cambio sociocultural sin precedentes, los cristianos necesitamos una renovación sin precedentes para revitalizar de manera nueva la fe en Jesucristo y la fidelidad a su proyecto.

Para profundizar en los textos del Evangelio del Tiempo Pascual recurrimos a unas valiosas reflexiones bíblicas elaboradas por P. José A. Pagola.

Dinámica de cada encuentro

- Si la Lectio se realiza en comunidad, preparamos un ambiente de intimidad con Jesús, favoreciendo el encuentro con su Palabra a través de signos visibles, por ejemplo: Altar de la Palabra, ícono de Jesús, vela, afiche con una frase del texto bíblico.
- Es conveniente que se distribuyan algunas responsabilidades: convocar las reuniones, distribuir los temas, acogida...
- Nos congregamos invocando al Espíritu e iniciamos el encuentro haciendo oración +En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
- Creamos un clima de silencio y de escucha de la Palabra de Dios. A continuación, se proclama el Evangelio.
- Hacemos eco de la Palabra. escucharemos el Evangelio de Jesús a través de la resonancia que tiene en los creyentes del grupo.
- Al terminar el diálogo, leemos el comentario, lo reflexionamos, lo meditamos.
- Seguidamente tendremos un acercamiento a la vida. Leemos el Evangelio, esta vez, no sólo para comprender bien el texto, sino para escuchar la llamada que nos dirige Jesús en estos momentos históricos invitándonos a la conversión y el compromiso.

- Por último, reflexionamos sobre nuestro posible compromiso en el proyecto de Jesús. Pensamos cada uno desde nuestra vida y posibilidades, teniendo ante nuestros ojos la situación de nuestra sociedad, el ambiente de nuestro entorno, la vida en nuestras parroquias...
- Terminamos el encuentro en oración. El grupo ha de ser creativo para responder al momento que están viviendo sus miembros.

¡SEÑOR, HAZ DE MÍ UN INSTRUMENTO DE TU PAZ!

¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!
 Que allí donde haya odio, ponga yo amor;
 donde haya ofensa, ponga yo perdón;
 donde haya discordia, ponga yo unión;
 donde haya error, ponga yo verdad;
 donde haya duda, ponga yo fe;
 donde haya desesperación, ponga yo esperanza;
 donde haya tinieblas, ponga yo luz; donde haya tristeza, ponga yo alegría.
 ¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto
 ser consolado como consolar;
 ser comprendido, como comprender;
 ser amado, como amar.

Porque dando es como se recibe;
 olvidando, como se encuentra;
 perdonando, como se es perdonado;
 muriendo, como se resucita a la vida eterna.

+ Lectura del Evangelio según San Juan 20,1-9

Él había de resucitar de entre los muertos.

La fe en Jesús, resucitado por el Padre, no brotó de manera natural y espontánea en el corazón de los discípulos. Antes de encontrarse con él, lleno de vida, los evangelistas hablan de su desorientación, su búsqueda en torno al sepulcro, sus interrogantes e incertidumbres.

María de Magdala es el mejor prototipo de lo que acontece probablemente en todos. Según el relato de Juan, busca al crucificado en medio de tinieblas, «cuando aún estaba oscuro». Como es natural, lo busca «en el sepulcro». Todavía no sabe que la muerte ha sido vencida. Por eso, el vacío del sepulcro la deja desconcertada. Sin Jesús, se siente perdida.

Los otros evangelistas recogen otra tradición que describe la búsqueda de todo el grupo de mujeres. No pueden olvidar al Maestro que las ha acogido como discípulas: su amor las lleva hasta el sepulcro. No encuentran allí a Jesús, pero escuchan el mensaje que les indica hacia dónde han de orientar su búsqueda: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado».

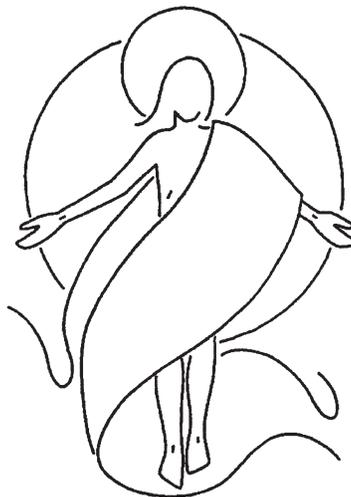
La fe en Cristo resucitado no nace tampoco hoy en nosotros de forma espontánea, sólo porque lo hemos escuchado desde niños a catequistas y predicadores. Para abrimos a la fe en la resurrección de Jesús, hemos de hacer nuestro propio recorrido. Es decisivo no olvidar

a Jesús, amarlo con pasión y buscarlo con todas nuestras fuerzas, pero no en el mundo de los muertos. Al que vive hay que buscarlo donde hay vida.

Si queremos encontrarnos con Cristo resucitado, lleno de vida y de fuerza creadora, lo hemos de buscar, no en una religión muerta, reducida al cumplimiento y la observancia externa de leyes y normas, sino allí donde se vive según el Espíritu de Jesús, acogido con fe, con amor y con responsabilidad por sus seguidores.

Lo hemos de buscar, no entre cristianos divididos y enfrentados en luchas estériles, vacías de amor a Jesús y de pasión por el Evangelio, sino allí donde vamos construyendo comunidades que ponen a Cristo en su centro porque, saben que «donde están reunidos dos o tres en su nombre, allí está Él».

Al que vive no lo encontraremos en una fe estancada y rutinaria, gastada por toda clase de tópicos y fórmulas vacías de experiencia, sino buscando una calidad nueva en nuestra relación con él y en nuestra identificación con su proyecto. Un Jesús apagado e inerte, que no enamora ni seduce, que no toca los corazones ni contagia su libertad, es un "Jesús muerto". No es el Cristo vivo, resucitado por el Padre. No es el que vive y hace vivir.



+ Lectura del Evangelio según San Juan 20,19-31

Dichosos los que creen sin haber visto.

Nadie sabe cómo ocurrió. Los primeros discípulos sólo nos dicen que, a partir de su resurrección, las cosas no volvieron a ser como antes. Experimentaban a Jesús de otra manera. Su presencia no era como en Galilea, pero era igualmente real y transformadora. Su vida también se transformó. En adelante vivirían de su Espíritu.

Lo primero que el resucitado les transmitía era una paz nueva e inconfundible. Una paz que curó su miedo y lo transformó en alegría. Tal vez, es lo primero que necesitamos en la Iglesia. Una paz que nos libere de los miedos que nos paralizan. Una paz que no la vamos a encontrar buscando poder y seguridad sino acogiendo el Espíritu de Jesús.

El resucitado los sacó, además, de su actitud cobarde, su desencanto y desesperanza. Sus seguidores no podían permanecer reclusos en su «cenáculo» a la defensiva de sus posibles adversarios. Ni entonces ni hoy. Una Iglesia encerrada en sus propios problemas, sin otro horizonte que los posibles riesgos y peligros, no es una Iglesia impulsada por el Espíritu de Jesús.

El resucitado movilizó a los primeros creyentes y los puso en marcha hacia la misión evangelizadora. Con el resucitado presente en medio de la comunidad no es posible la pasividad, la rutina tranquila, la comodidad de la inercia. Donde está vivo el Espíritu del resucitado se despierta la creatividad y se abren caminos siempre nuevos de evangelización.

+ Lectura del Evangelio según San Lucas 24,13-35

«¿No ardía nuestro corazón... mientras nos explicaba las Escrituras?»

Los relatos pascales nos hablan sin excepción de la alegría irreprimible que inunda el corazón de los creyentes al encontrarse con el resucitado.

Los discípulos de Emaús en «el viaje de vuelta de la desesperanza» sienten que su corazón arde y se ilumina con la presencia y compañía del Señor.

¿Dónde está hoy esa alegría pascual? ¿Dónde está la alegría pascual en esa Iglesia, tan poco dada a la sonrisa, con tan poco humor para reconocer sus propios errores y limitaciones, tan ocupada en girar una y otra vez en torno a sus propios problemas, buscando su propia defensa más que la de la humanidad entera?

¿Dónde está el gozo pascual en esos cristianos que siguen «practicando la religión» tristes y aburridos, sin haber descubierto con emoción lo que es celebrar la vida cristiana? Se diría que los cristianos no somos capaces de vivir la «alegría cristiana».

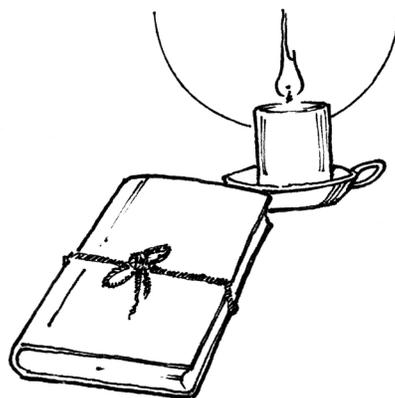
Porque esta alegría que se respira junto al resucitado no es el optimismo ingenuo de quien no tiene problemas. No es tampoco la satisfacción que produce el haber saciado nuestros deseos o el placer que se obtiene del confort, la comodidad y la posesión.

Esta alegría es fruto de una presencia del Señor en el fondo del alma y en medio de la vida. Una presencia que llena de paz, disipa el temor, dilata nuestras fuerzas, nos hace aceptar con serenidad nuestras limitaciones, nos hace vivir ante la presencia del Dios de la vida.

Esta alegría no se da sin amor y oración. Es alegría que se experimenta como «nuevo comienzo» y resurrección. Es fruto del encuentro sincero y agradecido con el Señor que pide calladamente albergue y acogida. J.M. Velasco llega a decir que «tan central es esta experiencia para la vida cristiana que puede decirse sin exageración que ser cristiano es haber hecho esta experiencia y desgranarla en vivencias, actitudes, palabras y acciones a lo largo de la vida».

Esta alegría no se vive de espaldas al sufrimiento del mundo. Al contrario, sólo es posible cuando uno ha percibido que este mundo de muerte, tan triste, maltrecho y sombrío, es aceptado con amor y ternura infinitas por ese Dios que ha resucitado a Jesús de la muerte.

¿No ha de ser hoy una de las tareas más importantes de la Iglesia redescubrir esta alegría en su propio corazón que es Cristo resucitado e irradiarla y difundirla en la sociedad?



+ Lectura del Evangelio según San Juan 10,1-10

Les aseguro que yo soy la puerta del aprisco

En las comunidades cristianas necesitamos vivir una experiencia nueva de Jesús reavivando nuestra relación con él. Ponerlo decididamente en el centro de nuestra vida. Pasar de un Jesús confesado de manera rutinaria a un Jesús acogido vitalmente. El evangelio de Juan hace algunas sugerencias importantes al hablar de la relación de las ovejas con su Pastor.

Lo primero es “escuchar su voz” en toda su frescura y originalidad. No confundirla con el respeto a las tradiciones ni con la novedad de las modas. No dejarnos distraer ni aturdir por otras voces extrañas que, aunque se escuchen en el interior de la Iglesia, no comunican su Buena Noticia.

Es importante sentirnos llamados por Jesús “por nuestro nombre”. Dejarnos atraer por él personalmente. Descubrir poco a poco, y cada vez con más alegría, que nadie responde como él a nuestras preguntas más decisivas, nuestros anhelos más profundos y nuestras necesidades últimas.

Es decisivo “seguir” a Jesús. La fe cristiana no consiste en creer cosas sobre Jesús, sino en creerle a él: vivir confiando en su persona. Inspirarnos en su estilo de vida para orientar nuestra propia existencia con lucidez y responsabilidad.

Es vital caminar teniendo a Jesús "delante de nosotros". No hacer el recorrido de nuestra vida en solitario. Experimentar en algún momento, aunque sea de manera torpe, que es posible vivir la vida desde su raíz: desde ese Dios que se nos ofrece en Jesús, más humano, más amigo, más cercano y salvador que todas nuestras teorías.

Esta relación viva con Jesús no nace en nosotros de manera automática. Se va despertando en nuestro interior de forma frágil y humilde. Al comienzo, es casi solo un deseo. Por lo general, crece rodeada de dudas, interrogantes y resistencias. Pero, no sé cómo, llega un momento en el que el contacto con Jesús empieza a marcar decisivamente nuestra vida.

Estamos convencidos de que el futuro de la fe entre nosotros se está decidiendo, en buena parte, en la conciencia de quienes en estos momentos nos sentimos cristianos. Ahora mismo, la fe se está reavivando o se va extinguiendo en nuestras parroquias y comunidades, en el corazón de los sacerdotes y fieles que las formamos.

La increencia empieza a penetrar en nosotros desde el mismo momento en que nuestra relación con Jesús pierde fuerza, o queda adormecida por la rutina, la indiferencia y la despreocupación. Por eso, el Papa Francisco ha reconocido que "necesitamos crear espacios motivadores y sanadores... lugares donde regenerar la fe en Jesús". Hemos de escuchar su llamada.



+ Lectura del santo evangelio según san Juan 14, 1-8

Yo soy el camino, y la verdad, y, la vida.

Al final de la última cena, los discípulos comienzan a intuir que Jesús ya no estará mucho tiempo con ellos. La salida precipitada de Judas, el anuncio de que Pedro lo negará muy pronto, las palabras de Jesús hablando de su próxima partida, han dejado a todos desconcertado y abatidos. ¿Qué va ser de ellos?

Jesús capta su tristeza y su turbación. Su corazón se conmueve. Olvidándose de sí mismo y de lo que le espera, Jesús trata de animarlos: “Que no se turbe vuestro corazón; creed en Dios y creed también en mí”. Más tarde, en el curso de la conversación, Jesús les hace esta confesión: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí”. No lo han de olvidar nunca.

“Yo soy el camino”. El problema de no pocos no es que viven extraviados o descaminados. Sencillamente, viven sin camino, perdidos en una especie de laberinto: andando y desandando los mil caminos que, desde fuera, les van indicando las consignas y modas del momento.

Y, ¿qué puede hacer un hombre o una mujer cuando se encuentra sin camino? ¿A quién se puede dirigir? ¿Adónde puede acudir? Si se acerca a Jesús, lo que encontrará es un camino.

A veces, avanzará con fe; otras veces, encontrará dificultades; incluso podrá retroceder, pero está en el camino acertado que conduce al Padre. Esta es la promesa de Jesús.

“Yo soy la verdad”. Estas palabras encierran una invitación escandalosa a los oídos modernos. No todo se reduce a la razón. La teoría científica no contiene toda la verdad. El misterio último de la realidad no se deja atrapar por los análisis más sofisticados. El ser humano ha de vivir ante el misterio último de la realidad.

Jesús se presenta como camino que conduce y acerca a ese Misterio último. Dios no se impone. No fuerza a nadie con pruebas ni evidencias. El Misterio último es silencio y atracción respetuosa. Jesús es el camino que nos puede abrir a su Bondad.

“Yo soy la vida”. Jesús puede ir transformando nuestra vida. No como el maestro lejano que ha dejado un legado de sabiduría admirable a la humanidad, sino como alguien vivo que, desde el mismo fondo de nuestro ser, nos infunde un germen de vida nueva.

Esta acción de Jesús en nosotros se produce casi siempre de forma discreta y callada. El mismo creyente solo intuye una presencia imperceptible. A veces, sin embargo, nos invade la certeza, la alegría incontenible, la confianza total: Dios existe, nos ama, todo es posible, incluso la vida eterna. Nunca entenderemos la fe cristiana si no acogemos a Jesús como el camino, la verdad y la vida.



+ Lectura del santo evangelio según san Juan 14, 15-21

Yo le pediré al Padre que les dé otro defensor.

Jesús se está despidiendo de sus discípulos. Los ve tristes y abatidos. Pronto no lo tendrán con él. ¿Quién podrá llenar su vacío? Hasta ahora ha sido él quien ha cuidado de ellos, los ha defendido de los escribas y fariseos, ha sostenido su fe débil y vacilante, les ha ido descubriendo la verdad de Dios y los ha iniciado en su proyecto humanizador.

Jesús les habla apasionadamente del Espíritu. No los quiere dejar huérfanos. Él mismo pedirá al Padre que no los abandone, que les dé "otro defensor" para que "esté siempre con ellos". Jesús lo llama "el Espíritu de la verdad". ¿Qué se esconde en estas palabras de Jesús?

Este "Espíritu de la verdad" no hay que confundirlo con una doctrina. Esta verdad no hay que buscarla en los libros, es algo mucho más profundo. Jesús dice que "vive con nosotros y está en nosotros". Es aliento, fuerza, luz, amor... que nos llega del misterio último de Dios. Lo hemos de acoger con corazón sencillo y confiado.

Este "Espíritu de la verdad" no nos convierte en "propietarios" de la verdad. No viene para que imponamos a otros nuestra fe ni para que controlemos su ortodoxia. Viene para no dejarnos huérfanos de Jesús, y nos invita a abrirnos a su verdad, escuchando, acogiendo y viviendo su Evangelio.

Este “Espíritu de la verdad” no nos hace tampoco “guardianes” de la verdad, sino testigos. Nuestro quehacer no es disputar, combatir ni derrotar adversarios, sino vivir la verdad del Evangelio y “amar a Jesús guardando sus mandatos”.

Este “Espíritu de la verdad” está en el interior de cada uno de nosotros defendiéndonos de todo lo que nos puede apartar de Jesús. Nos invita abrirnos con sencillez al misterio de un Dios, Amigo de la vida. Quien busca a este Dios con honradez y verdad no está lejos de él. Jesús dijo en cierta ocasión: “Todo el que es de la verdad, escucha mi voz”. Es cierto.

Este “Espíritu de la verdad” nos invita a vivir en la verdad de Jesús en medio de una sociedad donde con frecuencia a la mentira se le llama estrategia; a la explotación, negocio; a la irresponsabilidad, tolerancia; a la injusticia, orden establecido; a la arbitrariedad, libertad; a la falta de respeto, sinceridad...

¿Qué sentido puede tener la Iglesia de Jesús si dejamos que se pierda en nuestras comunidades el “Espíritu de la verdad”?

¿Quién anunciará la Buena Noticia de Jesús en una sociedad tan necesitada de aliento y esperanza?

